



Pocholo 10 CTMS.

Año I

Redacción y Administración: Casanova, 55 y 57 - Barcelona

Núm. 2

¡Valiente recomendación!



D. Tiburcio, vendedor de cacahuets al por mayor, está realizando una excursión por Suiza y se encuentra alojado en uno de los más soberbios hoteles de los Alpes. D. Tiburcio, perfecto nuevo-rico viste un traje de turista inglés, que dada su considerable gordura, le da un aspecto de tocino engordado a base de "Hipofos-fitos Salud".



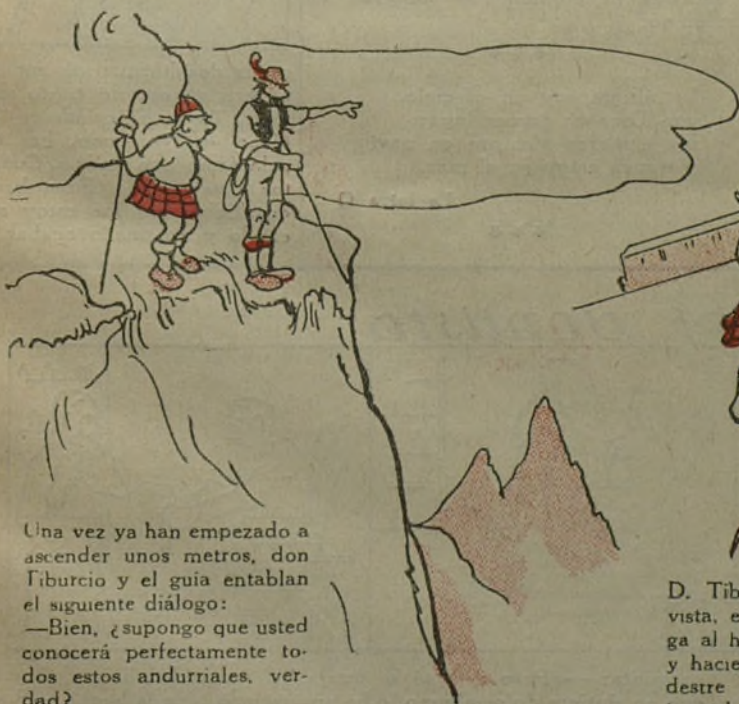
Un día se sintió valiente e imitando a los héroes de las películas de las montañas, que eran sus ídolos, intentó escalar una de las más altas, pero sus propósitos se vieron frustrados al no conocer el camino; volvió de nuevo al hotel, proponiéndose volver por la tarde



Durante la hora del almuerzo no deja de contemplar con ojos embobados la estupenda mole de la montaña, que significa para él, el blanco de todas sus ambiciones.



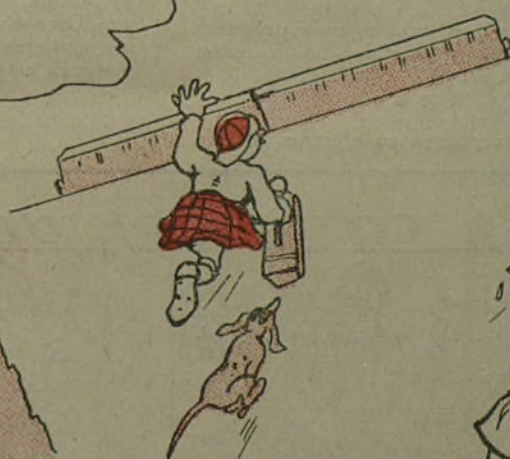
Al terminar llama al conserje, solicitando un guía: se presenta éste y después de cerrar trato se van a la montaña.



Una vez ya han empezado a ascender unos metros, don Tiburcio y el guía entablan el siguiente diálogo:

—Bien, ¿supongo que usted conocerá perfectamente todos estos andurriales, verdad?

—Ya lo creo, señor; con mis propios ojos he visto caer por estos despeñaderos a más de treinta personas que me acompañaban y en solo una semana dos.



D. Tiburcio, sin volver la vista, empieza a correr. llega al hotel, coge su maleta y haciendo una carrera pedestre singular, alcanza el funicular, que estaba presto a partir



Es fama, que don Tiburcio, al volver a tierra llana, se dedica a buscar caracoles los días de lluvia. En este nuevo deporte es difícil despenarse y además, ahora está de moda.

La nuez



Pasando dos niños por un camino saltando y brincando ven una nuez debajo de un gran árbol. —Mía es — dice Colás, pues la he visto primero. —No, dijo Tomás — porque yo la he recogido del suelo. Y sobre



querer aclarar a quien pertenecía, se armó una acalorada disputa, que degeneró en riña. No lejos de allí pasaba un buen hombre que oyó los gritos de los chicos; se va hacia ellos y les dice: —Yo arreglaré vuestras des-

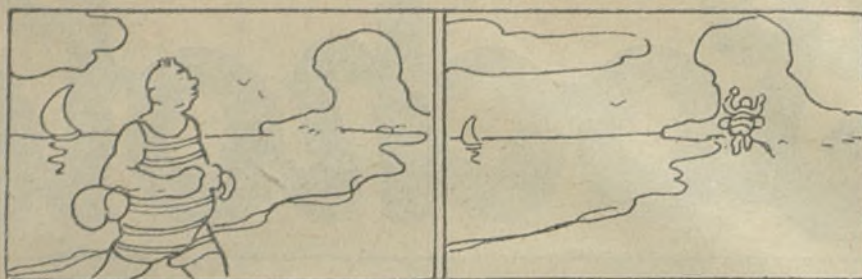


avenencias, haciendo que los dos quedéis contentos. Se pone en medio de los chiquillos, coge la nuez, la parte por mitad y da media cáscara al que la vió primero, la otra media al que la recogió del suelo. —Y lo de

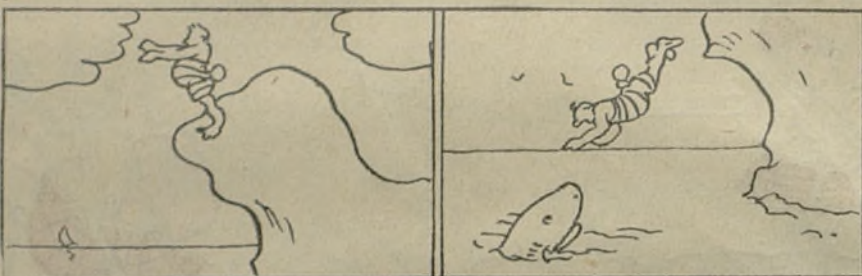


dentro, o sea el fruto — dice — me lo quedo en pago de mi sentencia. Y añadió riendo: Este es el acostumbrado desenlace de todas las cuestiones y riñas, en las que el que gana, también pierde.

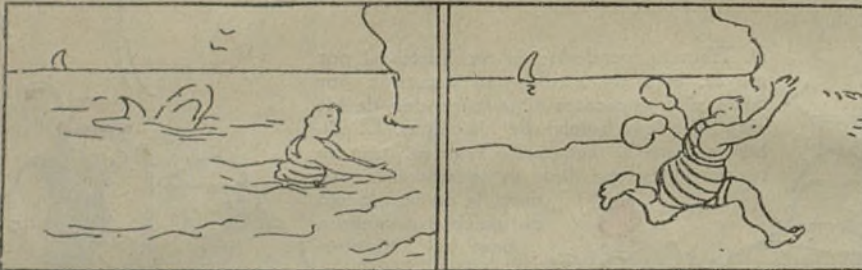
BANO DE IMPRESIÓN



D. Jacinto, rico hacendado de La Habana, se dirige al mar a tomarse un baño, cumpliendo lo preceptuado por el doctor al decirle que para la salud le conviene un baño de impresión cada mañana. No obstante, D. Jacinto está desolado, pues tiene miedo a que el baño no sea lo suficiente impresionable, pues como él está ya acostumbrado a bañarse a menudo, no le hace el agua



ninguna impresión; todo el camino lo anda lamentándose de esta dificultad casi insuperable. Pero de repente se le ocurre una cosa, y es tirarse de cabeza desde una roca muy alta que se divisa a lo lejos; como él nunca tiene la costumbre de tirarse de cabeza, el hacerlo, sin duda alguna, constituirá una impresión. Efectivamente, está ya desnudado y se apresta a tirarse como una flecha



desde la cima de la roca a las azules aguas que parece le están aguardando. ¡Pobre D. Jacinto! A la mitad de la caída ve con horror que saliendo de la superficie del agua le está esperando con la enorme boca de más de dos metros cuadrados de grande, un imponente tiburón, desapareciendo rápidamente en ella. Y pudo librarse D. Jacinto gracias a la indisposición que le sobrevino al tiburón. Ahora ya puede afirmar que ha conseguido una impresión inigualable.

EN LOS EXÁMENES

El catedrático. —Voy a hacer a V. una sola pregunta: ¿Cuántas estrellas se han descubierto por término medio en cada trapezio de un grado lateral de la bóveda celeste?

El examinado. —Tantas como pelos hay en mi cabeza.

—¿Y cuántos pelos hay en la cabeza de V.?

—Eso ya es una segunda pregunta y V. me ha prometido no hacerme más que una.

Un preceptor a su alumno, al que

desea inculcar sentimientos de generosidad:

—Se experimenta más satisfacción al dar una cosa que al recibirla.

—Ciertamente; sobre todo cuando se trata de bofetadas — observa el alumno.

La última soy en el cielo, con Dios en tercer lugar, me embarco siempre en navío, y nunca estoy en el mar.

La letra O

Baño de pies



Para celebrar el quincuagésimo aniversario de su nacimiento, decide D. Celestino tomar un baño de pies, para lo cual encarga a su criado se lo prepare. Mientras pone los pies en el baño va pensando en los años



que lleva vividos. —¡Cinuenta años! — exclama. — ¿Cómo he podido emplear yo tantos años? Cada día he gastado media hora en comer (y empieza a secarse un pie), a pasear una hora diaria ¡horror! (y el buen se-

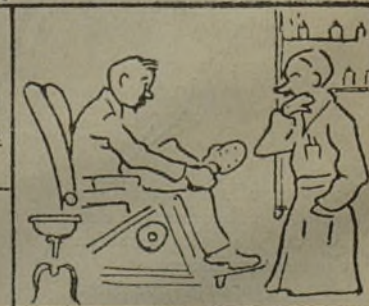
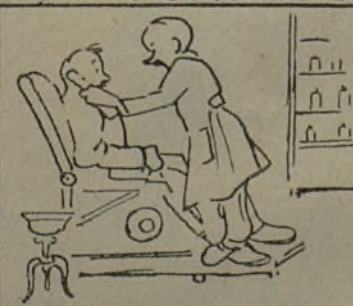
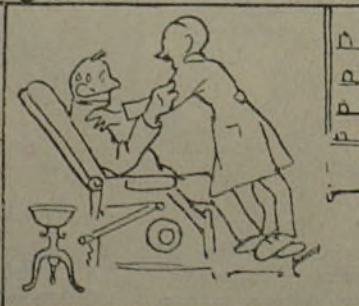


ñor vuelve a meter el pie en el baño). Y así sucesivamente, contando las horas que ha pasado durmiendo durante el medio siglo vivido y los puros que se ha fumado, se seca el uno y mete el otro, hasta después de pa-



sadas dos horas, que con la cabeza turbia de tanto cavilar, llama al criado y le dice: —Oye, Juan, has de aclararme una duda. ¿Cuántos pies tengo? Pues hace dos horas me los estoy secando y no puedo acabar.

En casa del dentista



Un señor que tiene amordazada la boca por un artefacto del dentista, hace grandes muestras de dolor, ante la extrañeza del doctor, que le dice no comprende su dolor, ya que previamente le ha anestesiado toda la boca. Por fin, después de repetirse varias veces lo mismo, le saca el aparato que tenía en la boca y le

pregunta: —¿Pero de qué se queja Vd., querido cliente, si para que no sintiera dolor alguno le he anestesiado toda la boca? —Pues tenía que anestesiarme también los callos que tengo en el pie que el doctor no se había dado cuenta de que lo estaba pisando).



Froilán el Bandido Misterioso

(Continuación)



proceder te hacías llamar el padre de los pobres, cuando eras un verdugo. Sí; pero por fin, la casualidad me hizo conocer que el señor de Pasy era el que con el puñal y el veneno acabásteis con toda una familia, y si nos salvamos mi hermana y yo fué debido a la casualidad, pues bastantes peligros hemos corrido. Sé muy bien que posees un documento en el cual mi abuelo decía que en caso de extinguirse nuestra familia pasaría la vuestra a tomar posesión de toda nuestra fortuna, y éste ha sido el motivo que te indujo a exterminarnos para apoderarte de nuestros bienes. ¿Creías, miserable, que iban a quedar impunes tus crímenes? Pudiera muy bien entregarte a la justicia, ya que puedo probar tus crímenes, pero eres tan hipócrita, que en el país muchos creen en tu honradez y acaso saldrías bien; por eso he creído mejor tomarme esa justicia por mi mano y sufrirás el castigo que mereces. ¿Tienes algo que objetar a mis acusaciones? Dí cuanto sepas y puedas en tu defensa, pues ya sabes que en mi familia no hubo nadie asesino y tu salvación depende de tí mismo.

—No tengo nada que decirte — dijo el señor de Pasy. — Pero he de advertirte que no soy solo y que hagas lo que hagas conmigo, no por eso quedarás libre de enemigos, pues estos te acechan y tú y tu hermana sucumbiréis; te desprecio y no temo tus fanfarronerías.

—Conozco a tus cómplices, y buena prueba de ello es que a estas horas, el más significado, el que tú tienes de más confianza, su castillo arde como ardió el tuyo y bien pronto te hará compañía. No creas que trate de castigarte por mi mano a no ser que te resistas a la única condición que quiero imponerte. Ves estos dos pomos de cristal, pues son exactamente iguales, el contenido es del mismo color, pero uno contiene una bebida inofensiva y el otro contiene un veneno muy activo; pues bien, he aquí los dos frascos, elige el que quieras, el cual te beberás; yo haré otro tanto con el que dejes. Dios únicamente será el encargado de castigar, permitiendo que el que obre con justicia se salve y perezca el que tenga o sea culpable. Elige, pues, y Dios hará justicia.

—No tomaré ninguno de los dos — dijo el señor de Pasy.

—Pues yo te obligaré a ello — dijo Froilán.

Y sacando una pistola la apoyó en la sien del de Pasy.

—Cinco minutos te doy de tiempo, ahí están los dos pomos — dijo colocando éstos en el suelo.

—Sea, pues — dijo el señor de Pasy.

Y agarrando uno de ellos lo vació de un trago. Froilán suspiró, y cogiendo el que quedaba hizo lo propio. Luego se sentó en el montón de paja y dijo:

—Dentro de media hora uno de los dos quedará aquí; si tienes la suerte de ser tú, será que lo merecías, pero yo habré cumplido con mi deber.

En este momento se oyeron varias voces y Froilán se puso en pie de un salto. Por el camino avanzaban en dirección a él un grupo de hombres armados que pronto reconoció Froilán como amigos. Llegaron a él y después de abrazarle, el que parecía el jefe dijo:

—Ahora mismo están ardiendo cuatro castillos, los más están ya en ruinas y el pueblo está consternado y cree que algún castigo pesa sobre ellos. Nosotros venimos a comunicártelo y al mismo tiempo a traerte al señor Durand, que según tus órdenes está a salvo; no podemos decir otro tanto de los dueños de los otros castillos, pues de estar en ellos habrán perecido.

—Muy bien, amigos míos — dijo Froilán. — Ahora os voy a decir algo que ignoráis.

Y contó a todos lo que había pasado entre él y el de Pasy.

—Ya lo sabéis: o el señor de Pasy o yo, dentro de poco habremos dejado de existir, y si fuese yo el elegido para sucumbir, os encargo a mi hermana. Ella os dirá lo que tenéis que hacer.

—No serás tú, Froilán — dijo el de Pasy, pues siento un fuego que me abrasa las entrañas, dadme agua. Sí, Froilán, próximo a morir, he reconocido tu caballerosidad, ya que has expuesto tu vida para vengarte, pero has triunfado; he sido muy culpable, pero no tanto como tú crees. No ha sido tu fortuna ni la de los tuyos lo que me indujo a ser tan cruel con vosotros, sino el odio que de muchos años atrás se profesaban nuestras familias. Sí que es verdad que un antepasado mío pudo arrancar a tu abuelo un legado de sus bienes en caso de extinguirse vuestra familia, pero jamás pensé hacer valer ese derecho, y a no ser por otros que no cejaban un momento en recordarme mi deber, ya que había jurado solemnemente ejecutar las órdenes que mi padre me dio al morir, yo no hubiera hecho el menor mal a los tuyos, y aun así nunca fui yo el autor de esos crímenes, si bien sabía que estos iban a ejecutarse. Dadme más agua, que me ahogo. Gracias. El principal inductor y el que hizo que yo permitiera la comisión de tanto crimen, fué ese que hace poco ha dicho ese caballero que lo traían a tu presencia. Ese Durand fué el que con sus consejos y con sus imposiciones, me hizo descender hasta el crimen. ¡Oh, Dios mío, me ahogo, me muerol No puedo revelártelo todo; también es uno de los principales causantes de aquellos horrores el marqués de Val...

No pudo el de Pasy acabar la frase, pues un golpe de tos se lo impidió y cuando hubo acabado esta crisis, fué inclinándose poco a poco la cabeza hasta hundirla en el montón de paja donde estaba tendido. El de Pasy había muerto.

—Ya veis, amigos míos — dijo Froilán — lo que acaba de decir este hombre. Durand es a toda prueba el más culpable de todos, y aunque no ha terminado el nombre del marqués de Valverde, yo ya le tenía en la cuenta y no hubiera escapado al castigo. Ahora traedme a ese Durand, con el que no voy a ser tan caballero como lo fui con Pasy y éste recibirá el castigo que merece. Vé, pues, Carlos — dijo dirigiéndose

(Continuará)



Castigo merecido



Niños: Erase una vez dos esposos, Juana y Heliodoro, que vivían solos en una casa de campo, dedicados a la labranza, alejados de todo trato social, sin que nadie hubiese podido reparar en ellos un acto de generosidad o buen comportamiento.



Encontrábanse los dos un día en la puerta de su casa, aguardando tener asado un pollo, que debían comerse luego, cuando se les presentó un pobre anciano, pidiéndoles algo de comida, pues estaba casi extenuado por el cansancio.



El pobre mendicante era el padre anciano de Heliodoro, que regresaba después de algunos años, y aunque éstos le reconocieron, no les movió a piedad su estado y le ofrecieron tan sólo un poco de agua para apagar su sed, creyendo no les reconocería a ellos.



Así despidieron a aquel buen hombre y entraron seguidamente en su casa, dispuestos a comerse el pollo, que creían debía estar muy succulento, cuando, ¡oh, cosa extraña!, éste se les había convertido en un sapo descomunal, que de un brinco se subió a la cabeza de Heliodoro.



Hizo éste todos los esfuerzos humanamente posibles para que se le desprendiera aquel gorro inesperado, pero no hubo manera de arrancárselo, aun a pesar de sus promesas de ser bueno, reconociendo que aquel animal pegado a su cabeza debía ser su estigraa.



Cuando volvió a sus campos el hijo ingrato, los halló devastados, y entonces huyó avergonzado, recorriendo pueblos y más pueblos pidiendo limosna, y teniendo que soportar las imprecaciones de las gentes, que observándole aquel sombrero extraño, adivinaban era un castigo merecido.



AVENTURAS DE UN NIÑO DE SOBEDIENTE



La señora Pancracia, después de encargar en todos los tonos a su hijo que no salga mientras ella esté fuera, acaba por encerrarle con llave. Pero Macabeo que es tan ingenioso como feo, tiene la gran idea y se apodera de un paraguas



viejo con el cual, a modo de paracaídas, se arroja desde el quinto piso en que vive. Pero apenas se ve flotando en el espacio, ya está arrepentido. Un violento vendaval le hace dar más vueltas que una devanadera. Lo incómodo de su si-



tuación le hace pensar en que la obediencia es una de las más bellas cualidades que puedan adornar a un niño. Y recuerda con enternecimiento las delicias del hogar. A impulsos del viento va surcando por encima de valles y monta-



ñas... Cuando de pronto, ¡zás! El paracaídas se convierte en un barquichuelo. (El niño que ha caído al río con el paraguas se deja llevar por la corriente). — Bueno, ¿y ahora qué hago yo con este trasto? Lo mejor será abandonarlo y procurar



llegar a la orilla. Nada con gran esfuerzo, porque la corriente es bastante impetuosa y consigue ganar la orilla, pero cuando se dispone a tomar tierra ve dos grandes caimanes que parecen dormidos. — Esto es peor. Si esos bicharracos se



despiertan, me fastidian. (Los cocodrilos que no están dormidos y han olido carne humana abren una boca terrible). — No, pues lo que es a mí, no me comeréis. (Se zambulle con rapidez y va a salir a la otra orilla, perseguido por los



cocodrilos). (En un esfuerzo supremo consigue saltar a tierra, cuando apenas si le separaba medio metro de las mandíbulas de uno de los terribles saurios). — ¡Como no vayais a la fonda! — les dice mientras corre desahoradamen-



te. Cuando se cree ya seguro se sienta sobre la hierba para descansar. — A todo esto debo estar a una respetable distancia de casa. — (Y rendido por el sueño se duerme cuando ya la noche empieza a caer). (Continuará)



UNA CALAVERA HUMANA QUE FUE VIOLIN



MEMORIAS DE UN NATURISTA

Un naturalista muy conocido posee una calavera humana que ha servido de violín.

Viajando por el Africa del Sur asistió, invitado por un amigo indígena, a un "pou bou" o baile indígena organizado en su honor.

Cuando la fiesta estaba en todo su apogeo, quedó sorprendido al ver a uno de los indígenas sacar una calavera y empezar a tocar el "yu-ku-ka" o danza de muerte, mientras los guerreros bailaban a su alrededor.

El curioso instrumento estaba onstruido con la calavera de uno de los grandes hombres de la tribu que había vivido muchos siglos antes.

Cuando terminó la extraordinaria danza, y los indígenas hubieron sucumbido a la influencia de sus fuertes vinos, el naturalista cogió el violín, que estaba abandonado allí por el tocador, el cual, como sus compañeros, tenía una borrachera fenomenal.

Sin hacer caso de los consejos de su amigo indígena, mandó inmediatamente a Londres el original instrumento.

Este es de lo más curioso que se ha visto. El mástil lo forma el hueso de una pierna humana. Las clavijas también son de pedazos de hueso.



—Mi querido amigo: ¿sería tan amable que firmara en el coche? Tiene usted la honra de ser nuestro primer atropellado!...

(De "Judge", Nueva York)

LA VARA DE LA JUSTICIA



Un leñador se encontró un día en el bosque un singular bastón cuajado de oro y perdría. El leñador, que no cabía en su asombro, se lo llevó al pueblo.

Una vez en el pueblo, el buen leñador lo llevó al Alcalde de la ciudad, y éste, que era hombre docto y muy leído (que decían ellos) dijo, después de su examen, que era el bastón de administrar justicia del propio Salomón y por sí solo discernía lo justo de lo injusto.

El Alcalde depositó la vara en la sala de la Alcaldía ante la presencia de los principales de la ciudad, dando solemnidad al acto.



Y cuando se tenía que sentenciar algún pleito, era de ver cómo saltaba y con qué precisión y certeza señalaba al que le asistía la razón.

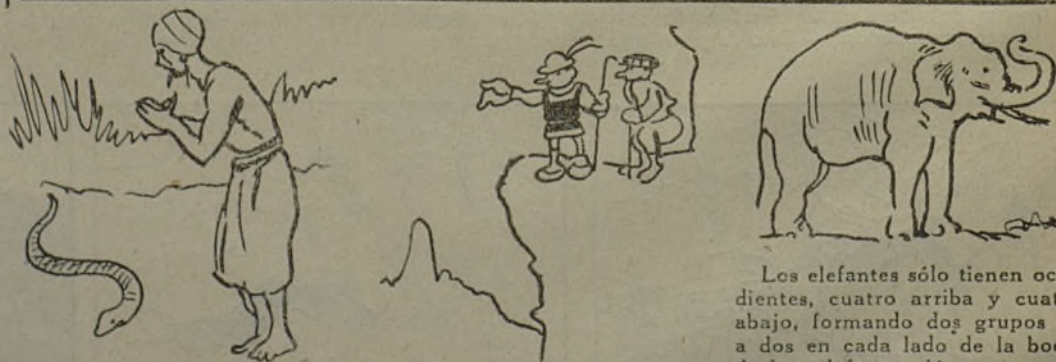
Toda la población estaba contentísima; al fin habría tranquilidad, pues los malvados no podrían engañar a la justicia, y esto se lo comunicaban entre sí los vecinos al encontrarse por las calles de la población.

Pero he aquí que la vara se tomó con tanto celo el ejercicio de su misión, que sin ser consultada no dejaba pasar ninguna falta sin el merecido castigo, vapuleando las espaldas a los mentirosos, difamadores y mercaderes que defraudaban a sus clientes.



Al poco tiempo nadie osaba salir a la calle, pues todos tenían más o menos motivos para temer los terribles palos de la vara encantada y la vida de la ciudad quedó paralizada completamente.

Por todo lo cual, ante tan inesperados acontecimientos, el Alcalde mandó llamar al buen leñador y entregándole la famosa vara le ordenó la volviese a enterrar en el lugar donde la encontrara, pero bien honda, para que nadie volviera a hallarla.



En las provincias del NO. de la India existe todavía gran veneración por las serpientes. Los indígenas se niegan a matarlas, aun cuando en algunos años han muerto nada menos que 4.723 personas por efecto de las mordeduras de serpientes venenosas.

NOTA CÓMICA

—¿No se cae la gente a menudo por aquí?

—No; por lo regular cae sólo una vez.

¿Qué es lo que se deja quemar por guardar un secreto?

El lacre.

Los elefantes sólo tienen ocho dientes, cuatro arriba y cuatro abajo, formando dos grupos de a dos en cada lado de la boca. A los elefantes jóvenes se les caen los dientes cuando llegan a los 14 años e inmediatamente echan otros nuevos.

MAXIMA

El que dice una mentira, no sabe el trabajo a que se compromete, porque tendrá que inventar otras muchas para sostener la primera.



LOS HAY EXIGENTES



Un campesino entra en una relojería a comprar un reloj de pared. El relojero le enseña varios.

—Mire, éste marcha ocho días sin darle cuerda.

—¿Y dándole cuerda, cuántos?

Publico Escipión, llamado el Emiliano, fué un día a visitar al poeta Ennio, que hallándose indudablemente ocupado, le envió a decir por una esclava que no estaba en casa. Conoció Escipión la mentira, pero fingió creerla, y se retiró.

Andando el tiempo, fué Ennio a casa de Escipión, llegó a la puerta y preguntó:

—¿Está Escipión en casa?

—No, no estoy, contestó él mismo, desde dentro, con voz robusta.

—¿Cómo es eso posible?, repuso asombrado el poeta Ennio. Pues qué ¿no es acaso tu misma voz la que estoy oyendo? ¿quieres burlarte de mí?

—Vaya un hombre éste! dijo Escipión gritando; el otro día creí que no estaba en su casa sólo por que una esclava me lo dijo, y hoy no quiere creer que no estoy en la mía, siendo yo mismo el que lo aseguro.



Las habilidades de este gato jugar con sus irreconciliables enemigos.

¿Quién fué el primero que murió en la batalla de San Quintín?

Un vivo.

Entra un tren en la estación de Pinto. El mozo de la estación anuncia en voz alta:

—¡Pinto, dos minutos!

Y un andaluz guasón le contesta:

—Compare, por mí pué usted pintar toa la vida.

EN EL JUZGADO

El juez.—En diez años que ejerzo en esta población le he visto a usted en mi presencia más de cien veces, acusado por varios delitos.

El presunto reo.—¿Y acaso tengo yo la culpa de que no haya usted ascendido en su carrera.

EN EL POLO



—... el aviator nuestro de cada día, dánosle hoy...

(De "La Gazette", París)

LLEVA RAZON EL CHICO

Se examinaba de doctrina cristiana un muchacho bastante avisado.

—Dime, hijo mío, le preguntaba el sacerdote, ¿dónde está Dios?

—Por todas partes.

—Muy bien, muy bien. Por lo tanto ¿debe estar aquí presente?

¡Natural!

—¿Y en la calle?

—¡Que sí, que sí!

—¿Y en el patio de tu casa?

—¡Allí, no señor! replica el muchacho con la mayor seguridad.

—¿Cómo que no?

—¡Cómo que no puede ser!

—¿Pero no acabas de decirme que está en todas partes?

—Sí, pero como mi casa no tiene patio...

El loco (desde la tapia del manicomio).—¿Qué haces?

El pescador (a la orilla de un río).—Pescar.

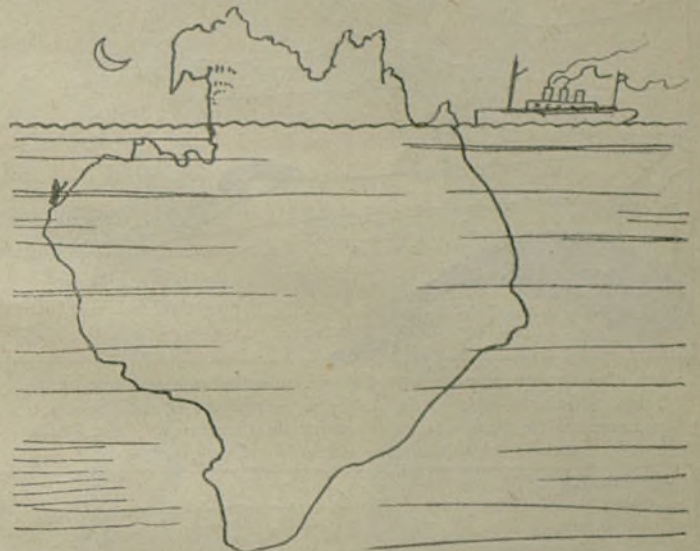
El loco.—¿Has cogido algo?

El pescador.—Nada.

El loco.—¿Llevas mucho rato ahí?

El pescador.—Seis horas.

El loco.—Entra.



Iceberg (montaña de hielo).—Témpano flotante de hielo, que se forma en los mares polares, y que empujado por las corrientes, llega a veces hasta muy adentro de la zona templada. Los hay de varios centenares de metros de altura.

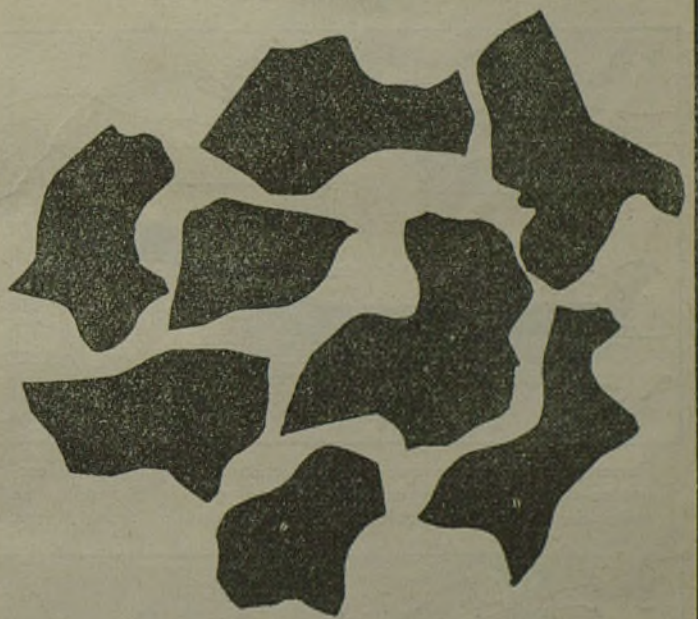
¿Cuántas vueltas da un perro cuando se va a dormir?

Las que quiere.

¿En qué se parece un gallo a una pava?

En que no es pavo.

Concurso núm. 1



Pocholo ha tomado un trozo de papel y lo ha recortado, describiendo el perímetro de una región de España. En un momento de descuido, su hermanito con unas tijeras se lo ha desmenuzado en pedacitos iguales a los de este grabado. ¿Cuál de vosotros sabrá juntarlos debidamente e indicarnos cuál es el nombre de la región?

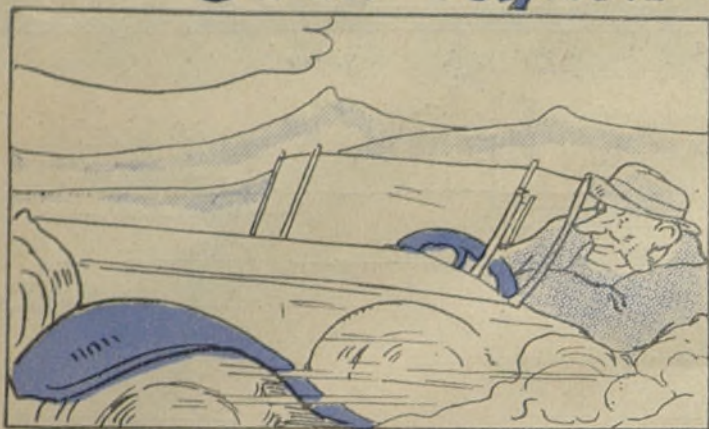
Premios para este concurso.—A los niños: una bonita pelota de fútbol de reglamento. A las niñas: una muñeca muy elegante.

Las soluciones pueden remitirse hasta el día 30.

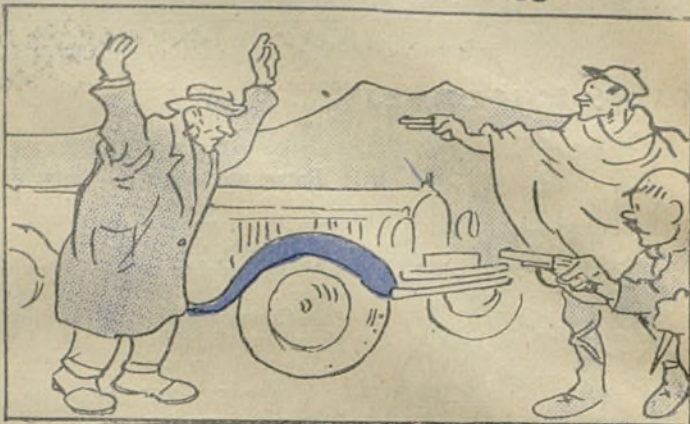
BOLETÍN

que deberá acompañar a cada solución que se nos remita para el Concurso n.º 1 de POCHOLO

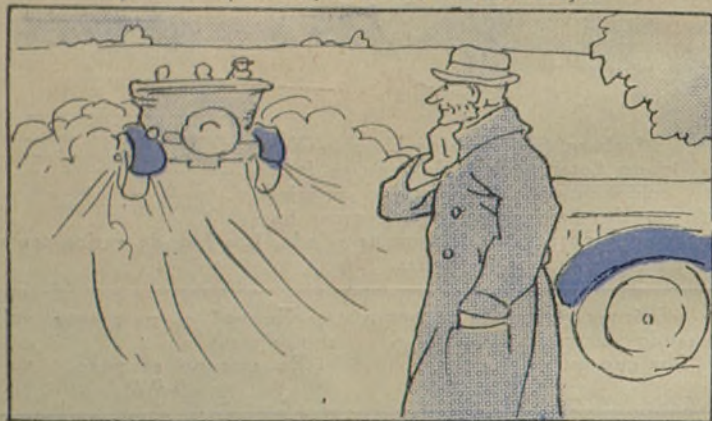
Una captura a sombra



Un viejo y rico comerciante iba con su auto, que recientemente había adquirido, a la ciudad cercana, pensando en lo estupendo que para él le resultaba este medio de locomoción, que había podido adquirir después de una vida de trabajo.



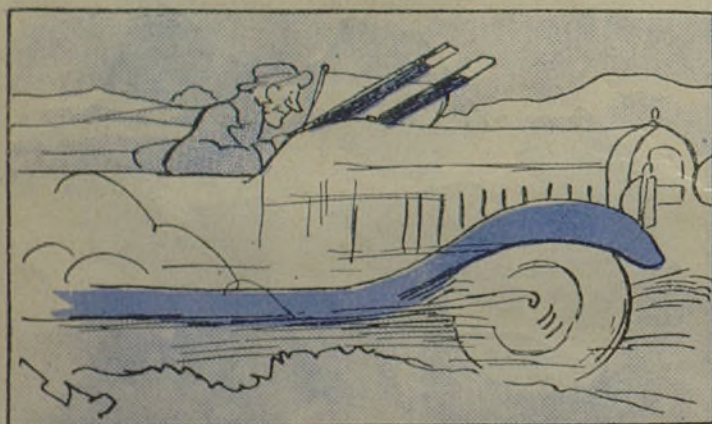
De repente, y en el sitio más leroz y despoblado de la carretera, se ve acometido por una partida de facinerosos. No tiene más remedio, dado el número de los atacantes y por sus armas amenazadoras, que entregar todo su dinero sin resistencia alguna.



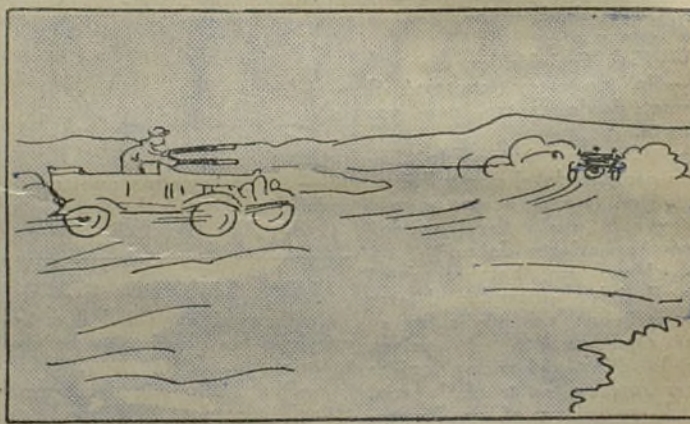
Una vez con el dinero, los ladrones se apresuran a montar en su rápido automóvil, que previamente habían escondido al lado de la carretera, y salir a toda marcha.



No por esto se arredró el avisado comerciante, sino que muy al contrario, tranquilamente y a una distancia respetable por temor a los disparos que los bandidos le podían dirigir, sigue el coche de los bandidos veloz como un cometa, con el suyo, no menos veloz y más perfecto.



Pacientemente espera que los dos vehículos pasen por las cercanías de un pueblo y entonces con toda presteza prepara su imán de dimensiones colosales y de resultados maravillosos.



En el momento oportuno pone en acción su grandioso imán, que con su fuerza singular logra atraer y parar el coche de los foragidos.



Mayuscula es la impresión de los que huan al ver que por una fuerza superior e inexplicable se ven atraídos e imposibilitados de poner en marcha su coche. —¡Es el diablo! — dicen medio muertos por el miedo



Pero no fue el diablo que acabo con ellos, sino la pareja de la Guardia civil del pueblo, que atados codo contra codo con una cuerda los lleva a la cárcel. Ni que decir tiene que el honrado comerciante recuperó en toda su integridad su fortuna, tan afanosamente ganada y digna de ser conservada por hombre tan prudente como inteligente